



Ilustración: *La Morale Enseignée par l'exemple...* Berlin: chez Ernest Felisch, 1796

Pedro M. Cátedra & Anastasio Rojo,
BIBLIOTECAS Y LECTURAS DE MUJERES,
SIGLO XVI, Instituto de Historia del Libro y de la
Lectura, Salamanca, 2004

Una muchedumbre de lecciones pueblan este admirable libro, que hasta en sus declaraciones más obvias parece contener una voluntad de renovación y en el hecho de no evitarlas servirse de una conveniencia argumental para llegar más lejos en lo que se daba por sabido. «La relación entre la mujer y el libro es una evidencia que va desde la Edad Media hasta la época de la máxima aculturación tipográfica urbana», se nos dice en la página 86. Y a tan tímida altura, en una obra cuyo discurso supera las doscientas -a las que se añaden otras tantas de contenido documental-, ya están los ánimos del lector ganados para entender que acaso hasta la publicación de este volumen la familiaridad de las mujeres y los libros era un lugar común cómodamente alegado pero precaria-

mente descrito. Porque -y esto sí es una evidencia- nadie nos había ilustrado con tanta amenidad, con tanta intención de representar las maneras lectoras de un siglo y con tanta pericia sobre los sutiles modos de ser amigos los libros y las mujeres en un mundo, no lo olvidemos, hecho a la medida de los hombres que lo gobernaron con sus leyes y lo llenaron con sus libros. Algunos de ellos bien hostiles con la condición lectora de la mujer. «Sepa ella muy bien usar de una aguja, de un hueso y una rueca, que no á menester usar de una pluma», exigía Pedro Sánchez en su *Árbol de consideración y vana doctrina* (Toledo, Juan Rodríguez, 1584, fol. 127v). Y recordemos ahora que casi un siglo después, Saavedra Fajardo vuelve a iluminar, siquiera matizado por un sesgo humorístico, el juicio más común que suscitan las mujeres letradas: «...doblé una esquina, y vi salir de su casa à Sapho, las faldas en mano, huyendo de la ira de su padre; detubele, y diome muchas quejas de su hija, que divertida en hazer versos avía olvidado los oficios, y ejercicios caseros de coser, y hilar, que es la ciencia mas digna, y propia de las mugeres, a quien deben aplicar toda su atención, y gloria, y no à los estudios, que distraen sus animos, y vanamente presuntuosas de lo que saben, procuran las conferencias, disputas con los hombres, olvidada[s], de su natural recogimiento, y decoro, con evidente peligro de su honestidad» (*República literaria*, Amberes, J. B. Verdussen, 1678, págs. 31-32). De modo que la virtud expositiva de este libro, su revelación del contexto sociocultural de la lectura, bien puede dilatarse hasta entrar en el siguiente siglo por más que su cifra se excluya del título. Una inercia que no parece prevalecer con tanta paridad en lo que respecta al espacio de los libros, su lugar o su orden, examinados en una preciosa indagación (págs. 183-211) que busca en las pinturas de Metsys y Campin, de Van Eyck y Ghirlandaio, de Carpaccio y Christus la evolución de un hábito venerable: la lectura en ámbitos retirados, la lectura arropada de recogimiento y de mobiliario piadoso que tiene su referente en la propia Virgen, de la que dicen las Escrituras que fue educada en el templo. Lo cual suscita una valiosa reflexión, anticipada por Cátedra en su estudio sobre la biblioteca de don Alonso Osorio, marqués de Astorga (Valladolid, Junta de Castilla y León, 2002): la coincidencia iconográfica medieval en la pintura de los ambientes femeninos reservados a la lectura hace pensar, tanto como en una tradición pictórica, en la dependencia de la idea de tesoro que acompaña al libro y a su reclusión en alcobas y oratorios píos. A medida que se supera ese límite espacial, una tendencia notable a partir de los primeros años del XVII, los viejos espacios del libro pasan a convertirse en bibliotecas «modernas» o de representación.

Gracias a libros como el acabado por Cátedra y Rojo, que distraen documentación copiosa de los archivos y la saben exponer en toda su posibilidad cultural con el auxilio de la iconografía de la época, de la literatura de aquel siglo y de la erudición más exigente del nuestro, llegamos a percibir el mundo y sus matices. Por ejemplo, que Juana Dantisca y también Cecilia de Sa pudieron hacer buenos los preceptos de la aguja moralista y usarla como pluma sobre un bastidor para hilar letras. Debí de ser frecuente esta escritura tangencial que felizmente congraciaba a la descarriada escritora con la virtuosa costurera. La virtud del libro está en que la mención no parezca una anécdota agradable, una más en la generosa nómina de noticias que caben en estas páginas. Porque ya se ha sembrado suficiente erudición y suficiente amparo de letras documentales para que cada gesto esté lleno de sentido histórico y el lector se sienta tentado por las aventuras cultas, por la delicadeza de la imaginación que sugeriría el nombre de Penélope por encima del de Juana. Y esa evocación basta para que la anécdota sea trascendente y entendamos que lo que se nos ofrece no es una curiosidad sino una ilustración documentada, más que literaria, de esa costumbre mítica que ha hecho de la mujer secreta depositaria de saberes que no le estaban reservados. Precisamente la inspiración documental de este libro es el que confiere fiabilidad científica a todas las informaciones. Se trata de una fortuna que habita más que en los porcentajes y en los grá-

A
V
I
S
O
S

ficos que se nos ofrecen, en la atinada manera de llegar hasta las cifras. Una infrecuente sociedad de conocimiento, reparo con las deducciones categóricas o exclusivas y amena escritura permiten que los doscientos inventarios estudiados no sean un salvoconducto de la razón abusivamente exhibido para dar crédito a todas las conclusiones.

Bibliotecas y lecturas de mujeres, siglo XVI es lo que su título predica y mucho más. Cada noticia viene acompañada de un comentario que, o bien es una cautela que favorece el rigor con que debemos acatar los resultados que pueden derivarse de manejar fuentes tan inconstantes como los inventarios (véanse al respecto las necesarias salvedades incluidas en las páginas preliminares y, periódicamente, a lo largo del libro), o bien se ofrecen palabras que son toda una sugestiva propuesta de investigación que permite vislumbrar futuras exégesis. Es como si el libro no dejara de crecer entre líneas y se proyectara en la inquietud de próximos investigadores. Las posibilidades parecen tan generosas como las revelaciones que contiene el libro: desde la teoría más o menos hostil sobre la alfabetización femenina en la época hasta la extracción social de las lectoras, desde la consideración -o tal vez la conveniencia de olvidarla- de términos cuantitativos como biblioteca, o de definiciones siempre inseguras sobre posesión o bibliofilia, hasta la existencia real de bibliotecas «de mujeres»; desde la influencia de la censura inquisitorial a partir del último tercio del siglo XVI en la selección de los títulos que aparecen en las librerías privadas, hasta la incidencia que las lecturas femeninas -y no descuidemos que leen textos escritos por hombres- pudieron tener en su propia escritura creativa, acaso no menos consciente en un billete amoroso, o en una letra de cortesía que en una novela de caballeros andantes, a la manera del *Cristián* de Beatriz Bernal, o de amores ejemplares, como los *Desengaños* de María de Zayas.

El ensayo de Cátedra y Rojo es, pues, una indagación sociológica en el Antiguo Régimen, un fresco cuyo argumento es la identidad y la condición de las lectoras y cuyo escenario son los recintos familiares que nos evocan desde un arca donde guardar libros entre paños hasta un cuarto donde se ejerce la lectura con recogimiento. Y es una recuperación paciente de objetos y gestos cotidianos, de doctrina antigua sobre los peligros de ser lectora y de títulos victoriosamente leídos. Es, por tanto, también una posibilidad de ensayar un canon de lecturas. Y aquí vuelve a probarse que la evidencia de dar por seguro que lo que leían las mujeres eran libros de piedad procedía de un conocimiento acomodado y parcial. Ha bastado aumentar significativamente el número de las fuentes visitadas para matizar esta verdad, para saber que junto al *Contemptus mundi* o al *Flos sanctorum* o a la *Vita Christi* del Cartujano, títulos reiterados en un buen número de bibliotecas, doña María de Pinedo tuvo, y acaso leyó, unas *Elegantiae* de Valla, y Mencía de Villegas una *Celestina*, que, por lo demás, era su único libro, y Juana de Gatos otra, además de la *Araucana* y las *Sátiras* de Persio y Juvenal, e Isabel de Santisteban, por no seguir, la *Commedia* de Dante.

No es excesivo suponer que indagaciones como la comentada dan incluso disculpa para novelar, tal es su grado de sugerencia y detalle. Eugene O'Neill enumeró una biblioteca para que imaginásemos el carácter de su propietario en *Largo viaje hacia la noche*. Y Pushkin, en *La ventisca*, concluyó que su personaje María Grivilovna, por haberse educado leyendo novelas francesas, vivía eternamente enamorada. No es nuevo, pues, este reclamo de las lecturas para ensayar retratos psicológicos en la ficción. Pero a lo mejor es la primera vez que podemos atrevernos a imaginar, sin otro esfuerzo que el recurso a la página 270 de *Bibliotecas y lecturas de mujeres*, los pasos de doña Eufrasia de Arteaga, viuda de Pedro de Carrión, escribano y receptor de Chancillería, camino del camposanto con un verso de las *Metamorfosis* de Ovidio en la memoria para meditar junto al mármol que nada en este mundo permanece como fuera menester. Ni siquiera lo que creíamos saber sobre los gustos femeninos en cuestión de libros.

CONTENIDO: Preliminar, págs. 11-14. I. El espacio y las personas, págs. 15-38. II. Lectura de mujeres, págs. 39-67. III. Bibliotecas y libros de mujeres, págs. 69-108. IV. Lecturas de mujeres, págs. 109-182. V. El lugar o el orden de los libros, págs. 183-211. Inventarios: [1529-1560], págs. 215-274; [1561-1599], págs. 275-402. Apéndice de los inventarios, págs. 403-405. Bibliografía, págs. 407-429. Índice onomástico y de obras anónimas, págs. 431-461.

EXEQUIAS REALES (II)

Damos inicio al repertorio de exequias reales existentes en la Real Biblioteca una vez que en el número 37 de *Avisos* se recogieran las menciones a las mismas en la correspondencia del conde de Gondomar y se ofrecieran las entradas presentes en el *Índice gondomariense* de 1623 [BNM, ms. 13594, fol. 88r-89v] relativas a ellas.

A continuación se relacionan los manuscritos e impresos que describen pompa o aparato funerario y se excluyen oraciones fúnebres y otras composiciones literarias de carácter mortuario. Se relacionan las de soberanos españoles y sus consortes. En la última entrega de la serie se incluirán las de pontífices y soberanos extranjeros. Conviene recordar que en las vidas de los monarcas puede hallarse igualmente descripción de su aparato funerario. Los ejemplares de la Real Biblioteca pertenecientes al siglo XVIII no se recogen en el repertorio de Aguilar Piñal y la entrada núm. 34 no aparece tampoco en Palau, prueba del interés que presenta la colección palatina de reales exequias.

REPERTORIOS:

AGUILAR = Aguilar Piñal, Francisco: *Bibliografía de autores españoles del siglo XVIII*, Madrid: CSIC, 1981 ss.

BLH = Simón Díaz, José: *Bibliografía de la Literatura Hispánica*, Madrid: CSIC, 1950 ss.

CAT = *Catálogo de la Real Biblioteca. Tomo XI Manuscritos*. Volúmenes I-IV, Madrid: Patrimonio Nacional, 1994-1996.

DES = *Catálogo de los Reales Patronatos. Volumen I. Manuscritos e impresos del Monasterio de las Descalzas Reales de Madrid*, Madrid: Patrimonio Nacional, 1999.

ENC = *Catálogo de la Real Biblioteca. Catálogo de los Reales Patronatos. Volumen III Manuscritos e impresos del Convento de la Encarnación de Madrid*, Madrid: Patrimonio Nacional, 2002.

LANDWEHR = Landwehr, John: *Splendid ceremonies: State Entries and Royal funerals in the Low Countries, 1515-1791. A bibliography*, Nieuwkoop: B. De Graaf, 1971.

PALAU = Palau y Dulcet, Antonio: *Manual del librero hispano-americano*, Barcelona: Librería Anticuaria A. Palau, 1948 ss., particularmente s.v. «Relación»: vol. XVI, pp. 1-197.

VELASCO = Velasco Aguirre, Miguel: *Catálogo de grabados de la Biblioteca de Palacio*, Madrid: [s.n.], 1935.

CARLOS I (1517-1556)

[1] [Epitafios e inscripciones epigráficas y privilegios y leyes académicas de la Universidad de Bolonia]. Giovanni Marsano (Jer.) et alii.-- Manuscrito c. 1558-c. 1640.- Sig. II/4453, fols. 30-33. [Dibujos del túmulo de Carlos V en Bolonia]; enc. pergamino de época.-- [Ingreso en Real Biblioteca posterior a la publicación de CAT.].

[2] *El túmulo Imperial: adornado de Historias y letreros y Epitaphios en Prosa y verso Latino por Iuan Christoual Calvete de Estrella...*, Valladolid: Francisco Fernández de Cordoua, 1559.- Sig. IX/6269; enc. s. XIX (in) pasta española con orla en planos.-- Procede de la Biblioteca del conde de Gondomar.-- PALAU, III, núm. 40500.- BLH, VII, núm. 3460.

[3] *Der seer schone ordonnantie vanden rovve des vvtvoiert vanodem aldermachtichsten ende onverwinlicksten Carolo de Vijfste Romsche keyser...* Joannes a ductecum Sucas ductecum fecit; Hieronymus Cock inuentor 1559, Thantwerpen: by Christoffel Plantin, inden gulden Eenhoren: MDLIX.- Sig.: GRAB/II2; enc. s. XIX, tercielo negro fatigado en bordes, con escudo real en pabellón, recortado en papel y adherido al plano anterior a modo de superlibros, en cuartelado de san Fernando. Guardas de muaré blanco. Los grabados calcográficos marginados en otro papel y falto de las tres estampas iniciales que anteceden a las treinta y cuatro de la serie.-- VELASCO, núm. 251.-- LANDWEHR, núm. 27.

FELIPE II (1556-1598)

[4] *La Pompa fvnurale fatta in Napoli nell'esseuie del católico re Filippo de Austria Scritta da Ottavio Capvtii di Cosenza*, Napoli: Stamperia dello Stigliola, a Porta Reale, 1599.- Sig.: III/3286; enc. s. XIX, pasta española, tejuelo rojo, hierros dorados en lomera y cantos dorados, exlibris de Carlos IV-Fernando VII. --PALAU, III, núm. 43450.

[5] *Relacion historiada de las exequias fvnerales de la magestad del rey D. Philippo II nvestro Señor Hechas por el tribvnal del Sancto Officio de la Inquisicion desta Nueva España y sus prouincias y yslas Philippinas...* Dionisio de Ribera Florez, Mexico: Pedro Balli, 1600.- Sig.: VII/1978; enc. s. XIX, pasta española, dorados y tejuelo en lomera.-- Procede de la Biblioteca del conde de Gondomar.-- PALAU, XVI, núm. 267016.

[6] *Descripción del túmulo y relación de las exequias que hizo la ciudad de Sevilla en la muerte del rey Don Felipe Segundo por el Licenciado Francisco Jerónimo Collado*, Sevilla: Imp. de D. José María Geofrin, ..., 1869.- Sig.: VIII/8951; enc. holandesa de época con puntas, en tafilete color tabaco, en banda ancha, con superlibros real en la banda anterior, nervios, dorados en lomera y tejuelos rojo y azul.-- PALAU, III, núm. 57570.

FELIPE III (1598-1621)

[7] *Relación de las honras que hizo la Vniuersidad de Salamanca a la Magestad de la Reyna doña Margarita de Austria nuestra Señora, que se celebraron Miercoles nueue de Nouiembre del Año MDCXI. Ordenada por mandado de la Vniuersidad por el Maestro Baltasar de Cespedes...*, Impresso por Francisco de Tesa en Salamanca, Año MDCXI.- Sig.: VIII/1401; enc. s. XIX, pasta española arbórea con orlas en planos, tej. rojo, dorados en lomera y cantos, cortes amarillos.-- Procede de la Biblioteca del conde de Gondomar.-- PALAU, III, núm. 54156.- BLH, VIII, núm. 3863.

[8] *Las reales exequias, qve la muy noble, y muy leal Ciudad de Murcia, cabeça de su Reyno celebró en su Yglesia Cathedral; A la muerte de la Serenissima Doña Margarita de Austria nuestra Señora... Dispvestas en trecientas y trynta Octauas, por Don*

Rodrigo Riquelme..., En Origuela: por Iuan Barcelò. Año MDCXII.- Sig.: VI/360; enc. s. XIX-XX, tela blanca con superlibros en plano anterior, con cinta de registro, corte superior rojo y guardas de muaré blanco, firmada en hoja de guarda anterior: «V. Arias».- PALAU, XVII, núm. 269352.

[9] *Relacion de las exequias que hizo la Real Audiencia del Reyno de Galicia, á la Magestad de la Reyna D. Margarita de Austria nuestra Señora (que Dios tiene). Descriptas, y puestas en stilo por Ioan Gomez Tonel, residente en la ciudad de la Coruña.*- Impreso con licencia en Sanctiago por Ioan Pacheco anno de 1612.- Sig.: VI/1067; enc. pergamino de época. Procede de la Biblioteca del conde de Gondomar.- BLH, X, núm. 5971.- PALAU, VI, núm. 104500.

[10] *Relación de las Exequias de la Reina Doña Margarita de Austria por Juan Gómez Tonel.* Edición facsímil con una introducción de Antonio Rey Soto. [Colección] Bibliófilos Gallegos, II.- Compostela: [Bibliófilos Gallegos], (Pontevedra: Talleres Peón, 1952), ejemplar 28/350.-Sig.: XVII/9157; enc. papel de aguas con etiqueta de título en plano anterior y en estuche cartoné asimismo con etiqueta de título en plano anterior.-PALAU, VI, núm. 104500.

[11] *Exequias fvrerales, qve la antigva, y noble ciudad de Salamanca cabeça de estremadura, hizo en la mverte del Catholico Rey Don Felipe de Avstria Tercero de ste nombre...*, [Salamanca (?): s.n., 1621 (?)].- Sig.: X/771 (16); enc. holandesa, tela gris y planos en cartoné, en f. [A] del primer impreso: «De la Bibliotheca del Colegio Mayor de Cuenca».

[12] *Aparato del tvmvlo real que se edifico en el conuento de S. Geronimo de la Villa de Madrid para celebrar las honras del Inclito y esclarecido Rey Don Felipe III* Por Iuan Gomez de Mora, Trasador y Maestro Mayor de sus obras Reales. A MDCXXI.- Sig.: II/739, sobre el frontispicio: «De la Bibliotheca del collegio Mayor de Cuenca». Reproducción fotográfica del manuscrito 1973 de la Biblioteca Universitaria de Salamanca; enc. holandesa roja con nervios y dorados en lomera.

[13] *Exequias, tvmvlo y pompa fvneral que la Vniuersidad de Salamanca hizo en las honras del Rey nuestro Señor don Felipe III en cinco de Junio de mil y seyscientos y reynte y vno.* [Fr. Ángel] Manrique [a lápiz en portada], Salamanca: en casa de Antonio Vázquez, Año de MDCXXI.- Sig.: VIII/1193; enc. s. XIX (ex.), holandesa, piel roja en lomera y planos cartoné goteados, hierros en lomera.- PALAU, V, núm. 85018.

[14] *Lagrimas de Çaragoça en la mverte de Filipino, rey II de Aragon deste apellido y exequias, que, con aparato Real a su memoria celebró. Recogiólas el P. Paulo de Rajas de la Compañía de Iesus...*, Çaragoça: por Iuan de Lanajay Quartanet, Año 1621.- Sig.: VIII/10837. Ejemplar de procedencia Salvá-Heredia, con el superlibros de las manos enlazadas en planos y exlibris de Heredia en contraplano anterior; enc. s. XIX, piel oliva (pbte. piel de Rusia); triple filete en los planos, con lomera cuajada de dorados y nervios, cinta de registro y cortes rojos.- PALAU, XV, núm. 246433.

FELIPE IV (1621-1665)

[15] *Relacion de las honras que Su Majestad ha hecho a la Reyna nuestra señora Doña Isabel de Borbón, que Dios aya, en Madrid Iueves y Viernes, 17 y 18 de noviembre de 1644,* Sevilla: Iuan Gomez de Blas, 1644.- Sig.: Encarnación 640 (22); enc. pergamino de época.- ENC, núm. 1885.

[16] *Relacion de la funeral pompa en las honras que hizo la muy insigne Universidad de Salamanca en XXI de diciembre de MDCLXIII años a la buena memoria... de la reyna N.S.D. Isabel de Borbón muger del... monarca de España... Philippo III... hazela... el Doctor D. Luys Feliz de Lançina y Ulloa,* Salamanca: imprenta de Francisco de Robles..., [1645 (?)].- Sig.: Descalzas C/615; enc. pergamino de época, deteriorado, con correíllas.- DESC, núm. 1721.

[17] *Esequie di Filippo IV... celebrate in Firenze dal serenissimo Ferdinando II gran duca di Toscana descritte da Gio Battista Borgherini...*, in Fir[enze];, nella Stamp[eria] di S.S.S., 1665.- Sig.: VIII/15665; enc. s. XIX, holandesa, color vino, lomera en piel y planos en papel, con «Firenze 1865» al pie de la lomera, bajo corona real, exlibris de Piero Ginoi Feltrinelli en contraplano anterior y en el posterior etiqueta del librero Luis Bardón.- PALAU, II, núm. 33061.

[18] *Relacion de las exequias qve en la mverte del Rey nvestro señor Don Felipe Qvarto el Grande, rey de las Españas, y emperador de las Indias hizo la Vniuersidad de Oviedo...ofrecela... la misma Vniuersidad,* Madrid: Pablo del Val, 1666.- Sig.: XIX/9213; enc. s. XIX, holandesa, piel marrón en lomera y cartoné goteado en planos, cortes azules, hierros en lomo, exlibris de Máximo Fuertes.- Sig.: XIX/9215; enc. pergamino de época con título en lomo, (impreso despegado del mismo), falto de parte superior de la hoja anterior de guarda, exlibris de Esteban Navas.- PALAU, XVI, núm. 258660.

[19] *Descripcion de las honras que se hicieron ala [sic] catholica Mag. De D. Phelippe quarto... en el Real Conuento de la Encarnacion... y escriuio el doctor D. Pedro Rodriguez de Monforte...*, Madrid: Francisco Nieto, 1666.- Sig.: Descalzas C/134; enc. pergamino de época con correíllas.- Sig.: Encarnación 652; enc. en pergamino de época con exlibris manuscrito del Convento de la Encarnación.- ENC, núm. 1946.- DES, núm. 2635.- PALAU, XVI, núm. 274588.

[20] *Fvneral hecho en Roma en la Yglesia de Santiago de los Españoles a 18 de Diciembre de 1665 a la gloriosa memoria del rei catolico de las Españas nuestro señor D. Felipe Qvarto el Grande en nombre de la nacion española por el excelentissimo señor D. Pedro Antonio de Aragon...* Descrito de orden de su excelencia por D. Antonio Perez de Rva, Roma: Iacomo Dragondelli,

1666.- Sig.: X/2597; enc. en pergamino de época. Además de la descripción en prosa contiene dos grabados calcográficos, uno del ornato de la fachada de la Iglesia y otro del túmulo.-- PALAU, XIII, núm. 222324.

CARLOS II (1665-1700)

[21] *Relacion diaria, de las reales exequias que la muy noble como antigua, y siempre leal ciudad de Segovia, cabeza de Extremadura, dispuso... en su templo cathedral, los dias treinta, y treinta y vno de marzo de 1689, a la temprana muerte de la esclarecida Reyna de España D^a Maria Lvisia de Borbon, que goza de Dios*, [S.l.: s.n., 1689(?)].- Sig.: III/6535 (3); enc. s. XVIII, pasta española, lomera cuajada, nervios, tejuelo y cortes en rojo, cinta de registro azul, exlibris real de época de Carlos IV-Fernando VII.-- PALAU, XVI, núm. 258941.

[22] *Funeral pompa y solemnidad en las exequias a la muerte de la catholica y serenissima Reyna madre D. Mariana de Austria nuestra Señora que celebros en la iglesia metropolitana de Lima... Melchor Portocarrero Lasso de la Vega... Bernardo Romero González de Villalobos*, Lima: Joseph de Contreras..., 1697.- Sig.: Descalzas C/135; enc. en pergamino de época con correíllas, cortes moteados.-- DES., núm. 2646.- PALAU, XVII, núm. 277544.

[23] *Lagrimas amantes de la excelentissima ciudad de Barcelona, en las Maginificas Exequias... de su difunto Rey y Señor, Don Carlos II. Descrivelas de orden de la excelentissima ciudad, el padre Joseph Rocaberti de la Compañía de Iesvs...*, Barcelona: Ivan Pablo Marti, por Francisco Barnola Impresor, 1701.- Sig.: XVII-XXI/2291. Es edición facsímil:[S. l.:] Fundación Conde de Barcelona, 1998; enc. en rústica con nota interior: «Visto por S. M. el 16/12/98».-- Reproduce seis grabados, uno de ellos del túmulo.-- PALAU, XVI, núm. 271658.

EX BIBLIOTECA GONDOMARIENSI

MENCIONES DE EXEQUIAS REALES DE SOBERANOS EXTRANJEROS, DE SUS CONSORTES Y DE PONTÍFICES

EN LA CORRESPONDENCIA DEL CONDE DE GONDOMAR

[1] [Carta a Diego Sarmiento de Acuña]. (Saldañuela, 23-VI-1608): Juan Gómez de Mora se ocupa del túmulo para las honras de la archiduquesa María de Baviera.- II/2133, carta 268: «Sus Majestades están en Lerma. Mora a benido a tomar el modelo a la Iglesia Mayor para el túmulo de las honrras de la señora archiduquesa».

[2] [Carta de Luis Abarca de Bolea a Diego Sarmiento de Acuña]. (Valladolid, 30-VII-1608): Honras fúnebres de la archiduquesa María de Baviera en la casa profesa de la Compañía de Jesús en Valladolid y en la Iglesia Mayor.- II/2117, carta 91: «Honras tubimos con vigilia de la Archiduquesa en la cassa professa de la Compañía, y del Patriarca en la Iglesia mayor, y en las dos asistió el señor Presidente y la Audiencia, no en forma de acuerdo...».

[3] [Carta de Luis Abarca de Bolea a Diego Sarmiento de Acuña]. (Valladolid, 6-VIII-1608): Honras fúnebres por la archiduquesa María de Baviera.- II/2117, carta 85: «... y los Reyes oyeron los officios ayer en Sant Pablo, que los hizo nuestro cardenal de pontifical gallardamente».

[4] [Carta de Lorenzo Salvador a Diego Sarmiento de Acuña]. (Valladolid, 7 -VIII-1608): Preparación en san Benito el Real de Valladolid para las honras fúnebres de doña María de Baviera.- II/2112, carta 177: «Estasse previniendo el aparato en San Benito el Real para las onrras...».

[5] [Carta de Alfonso de Ludeña y Leyba a Diego Sarmiento de Acuña]. (Valladolid, 13-VIII-1608): Honras fúnebres de doña María de Baviera en Valladolid.- II/2112, carta 44: «Oy an sido las honrras de su madre de la Reyna en San Benito el Real muy sumptuosas, an estado Rey y Reyna descubiertos y el acuerdo y todo el lugar... Mañana será en San Pablo; estarán los Reyes en el balcón del duque... costará el túmulo que se ará seiscientos ducados...».

[6] [Carta de fray Pedro de Paladinas a Diego Sarmiento de Acuña]. (Valladolid, 13-VIII-608): Asistencia de SS.MM. en san Benito el Real a las honras fúnebres de doña María.-II/2112, carta 12: «Las honrras se hicieron ayer vísperas y oy la mysa, mañana las haze el duque en San Pablo...».

[7] [Carta de Alonso de Obregón a Diego Sarmiento de Acuña]. (Valladolid, 16-VIII-1608): Honras fúnebres de doña María de Baviera en Valladolid.- II/2112, carta 38: «...hubo en las honrras tanta gente y más que en la corte, porque no podía entrar nadie... Luego otro día hizo el señor duque de Lerma en San Pablo por quenta de Su Excelencia otras honrras por la serenísima Archiduquesa y prometo a vuestra merced que el túmulo, adorno de la iglesia y demás hubo hartos que ver en San Pablo».

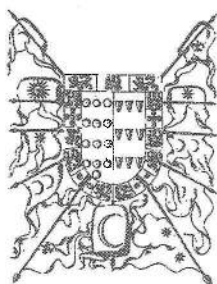
[8] [Carta de Íñigo de Cárdenas a Diego Sarmiento de Acuña]. (Rouel, 28-IV-1615): Sobre los funerales de Margarita de Valois.- II/2258, carta 64: «... en ella se a cavado la Casa de Valois de los reyes de Francia. Hicieron las cirimonias que acá usan con las personas reales».

[9] [Carta de Hernando de Boisshot a Diego Sarmiento de Acuña]. (París, 6-V-1619): Sobre los funerales parisinos del Emperador Matías I.- II/2205, carta 77: «...se han celebrado aquí en la iglesia mayor de Parys las honras del emperador, con ostentación, digo, muy grande. Los reyes no se hallaron por no acostumbrar...».

[10] [Nuevas desde Roma enviadas por el cardenal de Borja a Diego Sarmiento de Acuña]. (Roma, II-III-1617): Honras fúnebres a Clemente VIII en la capilla clementina.- II/2161, carta 15: «El sábado por la mañana en la cappilla Clementina de San Pedro se hicieron las acostumbradas honras a la feliz memoria del Papa Clemente VIII...».

[11] [Carta de Pedro Sarigo Ribera a Diego Sarmiento de Acuña]. (Bruselas, 28-II-1619): Honras fúnebres de la Emperatriz Ana de Austria.- II/2116, carta 88: «Lunes pasado 17 de este y martes siguiente se hizieron en la capilla de Palácio las honrras por la Emperatriz y, çierto, con la mayor magestad y grandeza que se pueda ymaginar».

[12] [Carta de Hernando de Boisshot a Diego Sarmiento de Acuña]. (París, 18-IV-1619): Honras fúnebres parisinas del Emperador Matías I.- II/2205, carta 76: «Oy jueves hazen aquí las onrras del Emperador, que está en gloria, a las quales ni asisten los Reyes por ser assí costumbre ni los embaxadores para excusar la competencia de precedencia que el veneciano pretende conmigo...».



MAR DE VOCES

Pablo Andrés Escapa

Los inagotables apuntes de Vladimir Sogornov están llenos de asombros que aún parecen mayores por el hecho de ser desconocidos. Es como si el lector que, silencioso, repara en ellos bajo la incalculable cúpula de la biblioteca de Kiev, participase de un secreto, o de una ensoñación en la que prosperan las fantasías orientales y un cierto fatalismo, acaso inspirado en su propia vida de soldado. Sogornov murió peleando en Mongolia y su última anotación parece un sueño. La noche previa a su caída contemplaba el fondo de una escudilla, llena de vodka. De pronto el líquido se estremece bajo una lluvia de flores blancas. La visión termina con el sosiego recuperado del licor en el que naufragan los pétalos para dejar sitio a las cúpulas doradas del palacio del Gran Khan, coronadas por banderas cuya enseña es la flor nevada del cerezo. Sogornov entiende que el imperio del bárbaro airea su luto por la próxima pérdida de un enemigo digno de su grandeza.

Las últimas líneas del guerrero no son el traslado de una alucinación producida por el vodka, sino la constancia de un hábito biográfico más decisivo que el alcohol en el alumbramiento de imágenes meritorias: la costumbre de Asia, que es geografía de mil presagios si se anima del rigor que los griegos usaron para glosar la vida de los mortales. Sogornov extendió incluso este acuerdo a las criaturas de linaje imaginario. Y lo hizo en apuntes notables de fatalidad y filigrana oriental: «la vida de una familia entera de gigantes puede estar contenida en dos abejas», anota. Luego, probablemente influido por la lectura de las *Folk Tales of Bengal* del reverendo Lal Behary Day (cuya edición londinense de 1833 no ha sido superada por la recién nacida en Nueva Delhi), prosigue refiriendo la ruina de los gigantes mediante la imposición de una princesa que durante un baño en las aguas del Ganges descubre un fulgor extraño en las profundidades: dos abejas que reposan sobre un pilar de cristal. La joven se sumerge y regresa a la superficie con las abejas en un puño. Abre la mano y estas vuelan en busca de la última luz del día al tiempo que los gigantes perecen inadvertidos en diversas grutas del mundo.

Nada sabemos del aspecto de este hombre, que fue duelista afortunado al menos en cinco ocasiones conocidas, hábil con el lazo de sujetar caballos y lector de Homero. Se le atribuyen, además de ofensas al honor de esforzados maridos muertos por recuperarlo, una animosa arenga a las tropas del zar ante las puertas de la ciudad prohibida de Mihrgala, célebre por la voz heridora de sus doncellas. Ese día, Sogornov hizo cabalgar a sus hombres a la manera cauta con que avanzó Ulises por el ponto, sujeto al palo

mayor de su nave, con cera sellando los oídos. Pero la virtud del testimonio que dejó escrito sobre la conquista no es la apropiada reiteración de un ardid clásico, sino el epigrama con que cerró el episodio, que acaso fue una ocurrencia primera que le llevó a inventar el asedio de la ciudad. «Cabalgamos, sí, padeciendo el silencio de las doncellas de Mihrgala. Y así, nos persigue cada noche el recuerdo de sus labios mudos, más terribles que el canto».

Las citas expuestas no tienen más objeto que advertir al lector de *Avisos* de las inclinaciones estéticas de Sogornov, tal vez instarle a que emprenda una lectura, diríamos poco fiada de las apariencias más inmediatas de la letra. Pero antes de que los ojos invadan un fragmento de su secreta prosa, quiero añadir una victoria bien visible de su biografía. Vladimir Sogornov introdujo con éxito el delicadísimo cultivo del árbol de China en un huerto de la hacienda familiar, en la vecindad de Chelyabinsk. Aún hoy puede disfrutarse de la luz amarilla que tiembla bajo sus hojas, una vez superadas las incomodidades del viaje hasta aquella latitud. A la sombra musical de esa plantación, donde periódicamente hallaban reparo los pasos cansados del soldado de fortuna, fueron escritos muchos de sus admirables apuntes. Entre ellos, el que ahora traemos a las páginas de *Avisos*, con la esperanza de que algún lector se sienta tentado, si no a estrechar lazos con la obra oculta de Sogornov, al menos a peregrinar hasta su huerto.

[...] Y así, tan altos sobre el mundo, nos alcanzó la luna de los potros, la última del año. El paso de la Sierva Blanca, que es uno de los nombres que en estas soledades designan la desgracia, quedó, por fin, detrás pero aún el descenso es penoso, entorpecido por el agotamiento y la nieve. Y atrás quedaron también las esperanzas de riqueza, el brillo soñado de los tesoros que presumen los libros escritos para dar noticia venturosa del sol naciente. Porque bien hemos probado que los palacios de seda son invisibles y que de la tierra no manan ríos de miel. La tierra se abrió solo para recibir a nuestros muertos, en número que dobla la decena. En esta soledad de altísimas paredes, de ominosas agujas afiladas, formamos una precaria hilera en busca de la nave salvadora. La mujer gime a mis espaldas y unos pasos por delante, al frente de la fila y empuñando una antorcha, el timonel habla locuras dictadas por la fiebre y grita el nombre del barco, como si aquellas voces pudieran atraernos el mar a nuestros pies. Las montañas de Dzunggharyan son tierra de demonios que las noches heladas de diciembre susurran halagos invencibles. Se sabe de caminantes seducidos por su rumor que acaban precipitándose por un abismo. Al parecer se despeñan felices. Otros, más prudentes, recurren a una campana de oro que no dejan de tañer mientras caminan para imponerse a los fatales coloquios que asedian el desfiladero. Pero nosotros regresamos pobres de instrumentos que nos salven.

El timonel es un siciliano piadoso que jura por los evangelios. A veces se vuelve para ver si lo seguimos. Y en medio de sus letanías aplacadoras mira a la mujer, aún conmovido por su belleza de icono, por su rostro de madona como la Madona de los Peces que a él le hace humillarse en una iglesia de Palermo para dar gracias por las redes llenas. Ella no entiende nuestra lengua y nosotros ignoramos la suya. El silencio nos hermana bajo un cielo de nieblas. Pero en medio de los gestos amigos es fácil descubrir su desamparo, la grave curva de su vientre que la hace pisar con la fragilidad de un pájaro temeroso de vencerse hasta yacer inútil o vulnerable sobre la tierra nevada. En los últimos días la mujer solo mira el suelo. Casi ha olvidado la costumbre de volver la cabeza. Pero aún la inquietan las noches con su provisión de rumores que parecen una jauría de dientes ávidos; y de alas, angustiosas como pasos de un rey mongol bajo la lona.

Agotadoras, en la más odiosa intemperie, se suceden las jornadas. Y apenas logramos dormir, porque no queremos detenernos, tanta es la urgencia por descansar al fin en los paisajes familiares. Un viento húmedo viene a retenernos, apenas abandonado un bosquecillo de cedros. La brisa se afina entre las agujas y hace añorar la música envolvente de árboles más cálidos. Y desear su sombra sonora junto al pozo, olvidada ya esta travesía. El siciliano cesa en sus voces y aspira como si quisiera agotar la noche en una bocanada. Tiene el gesto iluminado y el brazo tendido al frente cuando grita con lágrimas: «¡el mar, el mar!».

El mar regresa multiplicado entre las rocas mientras el timonel echa a correr ladera abajo. Hasta que su antorcha no es más que un ojo desbocado en medio de la noche, la minúscula luz que guía nuestra fe de hallar un barco oculto entre los abetos de Naarzali, cuyos troncos parecen una ordenada selva de mástiles sobre el acantilado. Una selva propicia para distraer de las insidias una nave abandonada. Y en pos de aquel albergue marinero que las voces del siciliano proclaman, damos nuevos pasos y nos llena el rostro otra marea nocturna, como un abrazo de rebaños recogidos que se anuncian en un ladrido distante, o en una tibieza nueva del aire.

Perros cabizbajos llegan a lamer nuestras pisadas, que son ya de musgo blando. La sombra del timonel se pierde ahora con su antorcha por un fuego mayor que alumbrá idas y venidas de pastores. Nos hace señas para que lo sigamos a compartir este feliz ardor que nos manda el cielo. Todo es silencio y manos que ofrecen de comer en aquella luz. A veces un aullido lejano sobresalta la concordia de los alimentos; otras es el relincho de una yegua el que lleva las miradas y hace brotar alguna palabra autoritaria camino de la noche. La mujer no alza los ojos pero en su regazo aparece un cuenco de leche que humea al tiempo que una voz dulce invita a probar: *yaha-ni, yaha-ni*. Es una mujer quien ofrece, una mujer que acaricia aquel vientre tan vestido de lanas insondables antes de levantarse para desaparecer en la oscuridad. El timonel mira beber a la cautiva, a la mujer que a cambio de unas cuentas de cristal hemos salvado de morir sometida a los kirghises, cuyo dios es el viento que habla maravillas en el filo de la espada. El mismo acero que no ahorró la sangre de nuestros hombres, tan caprichosa es la vida en aquellas habitaciones del viento. Y en el desconcierto de pastores mudos, libera él su llanto. Allí se mezclan los bocados de hambre antigua y el nombre triste del hijo enterrado en la llanura. Y se piden milagros que lo traigan de regreso a nuestra nave ya vecina, milagros de vientos favorables que nos lleven a una salvación de rostros conocidos.

Crepitan las llamas con nuevos troncos arrojados y el aire se ilumina un instante y se satura de chispazos. La leña ardiente estalla como la madera de cubierta que se pisa con júbilo, tras meses de abandono. Y parece que templá el sol los ánimos y que silban los cabos a bordo ya de nuestro barco, prontos a sentir el mar amigo bajo los pies. Aún alcanzamos a ver el humo de los pastores, más alto que los árboles a medida que se gana el horizonte. Al cabo de tratar con el timón, oculto entre los abetos del invierno, las manos huelen a resina. Peces voladores, que son signo de copiosa ventura, vienen a secundar nuestro avance. Y navegamos con buen viento hasta la nueva noche, la primera sobre el mar vicioso de estrellas después de tantas jornadas de tierra miserable.

En aquella seguridad, el timonel se siente elegido para maldecir sobre las aguas, para exponer el cansancio de los viajes y la fatiga inútil. Porque todo está escrito, como la línea aciaga que reunió el nombre de su hijo y la espada sangrienta del tártaro. Y su murmullo va llenando el mundo y asentándose bajo las estrellas hasta incendiar con su fervor la mesana de la nave, que de pronto se ilumina como un fuego de san Telmo. El siciliano se exalta bajo el artificio y pregunta qué día, qué noche es la que nos lleva. Y luego grita que quién es la mujer que hemos rescatado por redimirnos de tantas pérdidas valiosas. Y baja la voz para enunciar, como en una letanía honrosa que reciben las olas, las virtudes de los muertos que descansan a merced del viento de los tártaros.

Del interior del barco llega el dolor de la mujer. Bajo las pavesas que derrama el mástil, el timonel quiere prosperar en el milagro apenas intuido y arropar aquel esfuerzo que es en beneficio del mundo. Y corre a llevar amparo aunque sea en lengua extraña. Pero el pudor lo detiene en la escalera que desciende hacia lo oscuro. Y desde allí, paciente del misterio, el timonel se sabe ya habitado por el lenguaje de los ángeles, y recita en voz alta para que la mujer oiga desde la penumbra: «no temas, que vengo a anunciarte una gran alegría; y lo será para todas las criaturas». El vientre del barco parece replegarse ante las palabras. Es entonces cuando cruje la madera y se ensancha el aire para enviar el llanto puro de un niño.

El timonel agacha la cabeza y se sienta en la escalera, gimiendo de beatitud y de tristeza. Las palabras caen de su boca como lágrimas devotas del recuerdo: *Gesú, Gesú bambino, figlio meo*. Y el milagro sigue ardiendo en la noche para responder al que invoca: «Padre, padre, vaya abajo a dormir, que yo gobierno». El siciliano se tambalea un instante, recuperando la postura erguida. Una sirena dulce le invade los oídos y no sabe si es la voz de un demonio de la montaña, que lo reclama. Repasa los labios con la lengua y, ebrio de sal, mira alrededor. En la distancia distingue los fanales amarillos de los otros barcos, como una procesión de luces sobre el mar pródigo de Lípári. Voces vecinas le invitan a acercarse para compartir los tesoros del mar, que esta noche son copiosos. Y reconoce a Giuseppe, de la casa del faro, y a Tonino con su ojo de cristal, y a Simone, hijo de Pasquale, que lo saludan agitando mucho los brazos. El timonel quiere correr sobre las aguas a abrazarlos pero puede más el cansancio. Entonces vuelve a oír al hijo, y lo ve tan mozo, tan seguro en su discurso frente al timón: «Descanse, padre».

Antes de girarse para buscar la entraña del barco, el hombre mira al palo mayor, que ahora le parece una aguja de roca, un reguero de luz que asciende en el incendio blanco de la nieve cuando se levanta la antorcha para alumbrarlo. Y le da una palmada muy lenta sobre el hombro a su hijo, que atiende al rumbo. Luego camina hasta precipitarse en un abismo donde lo reciben redes bendecidas por la Madona, redes llenas de peces que regresan con júbilo a casa la noche sagrada que nació el Salvador.



CON LOS MEJORES DESEOS
DE LA REAL BIBLIOTECA

2005